

Prólogo

Si eso es todo lo que hay, amigos, sigamos bailando



Esta es mi generación. Tu generación. Nuestra generación. A los *mods* les encanta todo eso de las generaciones, las dinastías, los linajes, las sagas. Los *mods*, príncipes y princesas de un mundo erigido con sus propias manos, monarcas de un reino autogestionado e independiente. Si de algo va la historia de los *mods*, es del *empowering*, de reclamar la autoría de la propia vida, de tomar las riendas de tu propia existencia eliminando los intermediarios. Y es que lo *mod* podría definirse en cierto modo como reafirmación de la existencia. Una reafirmación que surge de la propia voluntad, arrogancia, testarudez, obsesión e inspiración personal. Una de las cosas más hermosas del culto es que, como decían Huggy Bear, “*esto está pasando sin tu permiso*”, siempre ha sucedido sin el permiso de nadie, sin licencias ni beneplácitos de adultos, de cultos pasados, del mundo exterior. Los *mods*, verdaderos *O pioneers*, legítimos y definitivos exploradores de la urbe: solos, orgullosos, imposiblemente *cool*, imposiblemente enterados y avanzados. Los *mods*: esos irritantes marcianos y su arrogancia original, personificación insuperable de la pulcritud heroica. Los *mods*, secretivos amantes del ritual, privados y conspiradores, antiautoritarios y enfermizamente detallistas. Los *mods*, esos notas extrañísimos. ¿Cómo no amarles?

Si a los *mods* les vuelve locos lo de las generaciones es porque nunca se han resignado a que otros ejercieran de historiadores en su propia epopeya. Los *mods* escriben las páginas de sus propios libros, nadie va a hacerlo si no lo hacen ellos mismos; y las veces que alguien lo ha hecho... Bien, el resultado dejaba mucho que desear. Así, una atención particular se dedica al origen, año, linaje concreto, localización cultural de cada uno de sus agentes. Cuando, como pie tierno modernista, como larva *mod*, emerges de tu propia cápsula, una de las primeras cosas que sueles aprender es la generación a la que perteneces, antecesores, grupúsculos y mitos. Los *mods*, como todas las subculturas, como todas las tribus del pasado, adoran tejer

su propia mitología, sus propias leyendas. Cuántas veces habré oído lo de “*ése fue el primer mod de Barcelona*”, como si fuese el mayor título nobiliario que pudiese otorgársele a alguien, el máximo elogio dedicable. A los *mods*, como los pioneros que son, les chifla la automitología del instigador, del que llegó primero, del que tuvo *ese* disco en *aquel* año, mucho antes que nadie, el célebre y tantas veces contado *topping up* mod, el *one-upmanship*, la obligación no escrita de ir siempre por delante, un escalón por encima de los demás. Y eso es, de hecho, otra cosa bella de lo *mod*: el esfuerzo. En lo *mod* se valora la atención extrema y el trabajo. Es una cultura de artesanos y, como tal, en ella se desprecia la vagancia, la desatención *hippie*, la holgazanería en cuanto a gestos, ritos, acciones. *Mod* es dedicación absoluta, una pasión casi religiosa que no todo el mundo está preparado para dedicarle a algo. A *vivir* intensamente, sin ir más lejos.

Pero volviendo a mi generación. Asumo que un porcentaje respetable de los lectores de este libro serán asimismo *mods* o *ex-mods*. Ah, los *ex-mods*. Esa categoría digna, venerable y misteriosa a la vez; un epíteto que acarrea preguntas en su interior: ¿Ex? ¿Por qué? E inmediatamente: ¿Qué sucedió? Historias, siempre historias, a los *mods* les chiflan también las historias, comentar la jugada, romantizar la propia existencia, darle color a un mundo gris a base de fábulas y evangelios apócrifos, gritos de guerra y afirmaciones románticas. El *mod* es el hombre que miró a los ojos a la vida y dijo, como en aquella canción de Peggy Lee:

¿Es esto todo lo que hay?
 ¿Es esto todo lo que hay?
 Si esto es todo lo que hay,
 amigos,
 entonces sigamos bailando
 Saquemos la bebida
 y hagamos una fiesta

Puesto que muchos de los lectores, pues, serán *mods* (o *ex*, o *ex*), es justo comenzar apuntando generaciones. Este libro habla de una generación, incluso de dos. La primera y segunda explosión *mod* en la península ibérica, años 1979 a 1985, como se apunta incluso en el título de la obra. Los años son vitales para los *mods*, situar las cosas en su momento exacto, ponerlas en contexto: la afición al orden y la limpieza modernista salpica incluso esto. Todo tiene que estar en su sitio, todo tiene que funcionar, encajar adecuadamente. El autor, Pablo Martínez Vaquero, pertenece a la segunda generación, de modo que fue testigo presencial de una considerable parte de lo escrito. La parte restante, el autor la ha llenado a base de hablar con los implicados y consultar sus *fanzines*. Porque, ya se dijo, sólo los *mods* pueden hablar de los *mods*. Nadie lo hará si no lo hacen ellos, nadie lo ha hecho nunca, así que las fuentes de información de los sucesos y actitudes narrados aquí

residen en las bocas y *samizdat* autopublicados de los protagonistas. Nada viene de oídas, nada se extrae de la prensa *mainstream*, nada se analiza con la mirada fría de los sociólogos. Éste es un libro escrito desde dentro: desde dentro de lo *mod*, y también de dentro del corazón.

Yo, en cuanto a prologuista, también tengo una generación. Una que, aunque no es exactamente (¡detalles!) la de Pablo Martínez Vaquero, se le parece mucho. Mi generación es la tercera dinastía *mod* de Barcelona, rama extrarradio y con alarmantes visos de minoría de edad, y mi año, mi quinta, es 1985. Esta fecha de nacimiento alternativa que todos los *mods* poseen, y que no significa nada para los *squares*, para el mundo cuadrado de allá fuera, es sin embargo un dato vital en la cosmogonía modernista, información esencial en la contabilidad *mod*. Haber aparecido en 1985, en cualquier caso, implica que no alcanzo ni a pisar las últimas páginas de *¡Ahora! No mañana*. Nosotros, los de 1985-90, continuamos donde ellos lo dejaron (es un decir, la mayoría no lo dejaría jamás) y, si Martínez Vaquero nos habla de Los Elegantes, primeros Brighton 64, primeros Kamenbert, Sprays, Telegrama y Los Negativos, los de la IIIª Dinastía tendríamos Los Canguros, los adorables Los Sencillos (entonces todavía se llamaban Aullidos en el Garaje), Kamenbert aún, los fantásticos Los Buenos (de Albacete), Brighton 64 aún y siempre, Los Scooters, Los Malvados, Los Interrogantes, los primeros Flechazos, Los Murciélagos (el grupo donde militó el autor de la crónica que están a punto de leer)... Donde la generación anterior hizo sus *fanzines*, la siguiente hizo los suyos. De hecho, recuerdo un momento concreto en la historia (1988) en que *todos* mis amigos editaban su propio *fanzine*. Uno por cabeza. *Nuestra* versión de los hechos.

Y ésta es la versión de los hechos de Pablo Martínez Vaquero. Él era un *mod* y, si me permiten, pasaré al presente. *Es* un *mod*, como lo es de algún modo el que esto escribe. Porque, ¿saben? Lo cierto es que la gente que vivió esto con obsesión clerical y absorbente dramatismo nunca deja de ser *mod*. Lo arrastras. Te lo llevas a donde vayas, como comida *takeaway*. Te mueves con el tiempo, trazas nuevos pasos de baile sobre las baldosas de las décadas, pero hay algo de ese espíritu de radical hermosura, autosuficiencia, pulcritud, que jamás te abandona. Es un hecho —a mis allegados y seres queridos, por cierto, esto les hace tremenda gracia— el que los verdaderos *mods*, por muy *ex-mods* que sean, se reconocen entre ellos. Es lo que mi viejo amigo y compañero de correrías *mod*-istas Uri Serena señala con el escueto: *“Aquest és dels nostres”* (*“Éste es de los nuestros”*). Hay un gesto, una pose, una determinada elegancia aerodinámica (¡incluso un tipo de cara!) que es la marca eterna del modernista. Es como la masonería, pero mucho más divertido.

¡Ahora! No mañana mezcla testimonio e historiografía de los años nuevaoleros y pioneros de lo *mod* con opinión personal y reflexión. Martínez Vaquero no se queda sentado en la cerca: toma partido, disecciona actitudes y pone en duda teorías, afirmaciones que habían pasado de boca en boca a través del tiempo hasta petrificarse en axiomas inamovibles. Uno podrá no estar de acuerdo con todo lo

que el autor sugiere, pero es innegable que ésta no es una revisión cobarde o acomodaticia de los hechos.

Sin ir más lejos, considero que uno de los muchos valores de este libro es que desmiente las teorías de Año Cero polpotiano, la revisión del holocausto *mod* que pusieron en práctica los abanderados jemerers del purismo y tradicionalismo *mod* post-1985. En un acto clásico de re-escritura de la historia, las fuerzas de choque de dicha opción trataron de borrar el periodo explicado en este libro, como si fuese un Trotsky que —llegado Stalin— ya resultaba incómodo. Pues este periodo, por su inocencia, inicial desinformación, colorido pop y extrema apertura mental fue desechado como herético por los que, años después, tratarían de convertir el culto *mod* en una escena tradicionalista, una cultura canónica y homogénea que, por definición y objetivos, se parecía más a la *skinhead* que al futurismo y la modernidad de los *mods* originales. Y quizás eso esté muy bien, quizás eso se haya convertido en *mod*, quizás sea otro tipo de *mod*, una nueva tradición de clase obrera, quizás sea encomiable y digno, *seguro* que también es *mod*.

Sólo que no es *mi* tipo de *mod*.

Ni el de Pablo Martínez Vaquero, como verán.

En los años 80, el periodo descrito en las páginas de esta obra, los *mods* miraban hacia fuera, hacia el mundo, hacia el pasado y al futuro simultáneamente (no sólo hacia 1965 o el interior de sus propios culos), y —como apunta el título de este libro— especialmente al presente. El AHORA. Aquellos adolescentes que daban brincos cargados de chapas y chulería y amor hacia ellos mismos eran un producto de su tiempo, todo aquello era música moderna de su década y lugar, no un mero *revival*. Sólo hay que escuchar el sonido *afterpunk*, actual, del mini-LP *Haz el amor* de Brighton 64. Sólo hay que ver los peinados (exagerados, relucientes, puntiagudos: jóvenes) de los mismos Brighton. O escuchar el pop inestable, fracturado, glorioso y emocionante y descarado del *Último Grito* de aquellos Kamenbert aún sin chicas. O mirar la lista de versiones que hacía un grupo como Los Canguros en pleno epicentro de lo *mod* en Barcelona: *Grinding halt* (The Cure), *Street Waves* (Pere Ubu) y *Time is tight* (Booker T & The MGs). Cogiendo lo mejor de cada lugar, de cada año, de cada sonido. Fue de hecho Joaquín Felipe (entonces líder de Los Canguros, posteriormente de Los Fresones Rebeldes) una de las primeras personas a la que oí afirmar que los *mods* no eran *teddy boys*, los *mods* debían ser modernos, cambiantes, no restringidos por la tradición o las normas. Desde entonces nunca he pensado otra cosa. Todo aquello que la reacción *mod* consideraba pagano, desechable, es precisamente lo que considero que hacía grande a los *mods* narrados aquí: Esa frescura, ese color, esa ansia infantil por examinarlo todo, esa actualidad, ese ser como la fruta: del tiempo, siempre de *su* tiempo. Tras leer este libro o haber vivido lo expuesto en sus páginas y luego echar un vistazo a algunos sectores de lo que es el culto *mod* hoy en día es inevitable repetir las palabras de Ken Kesey en *Sometimes a great Notion*: “¿Qué tribu es ésta, tan hundida en sí misma...?”

Por supuesto, todo lo que acabo de decir suena más dramático de lo que es en realidad. Pero, ya se habrán dado cuenta, los auténticos *mods* se pirran por el drama, la magnificación, la *englantina*, la fábula magnífica. Los cismas, las fracturas, los caminos distintos, las acusaciones mutuas, el maniqueísmo radical, la Verdad Única de los *mods*: todo ello son, como decía una canción, “*batallas que no salen en los mapas*”. Guerras que nunca aparecerán en los libros. Nuestros combates, al fin y al cabo. *Nuestra versión*.

Me identifico, a la sazón, con mucho de lo que cuenta el autor. Concretamente con su afirmación de ser un “*punk nuevaolero para muchos mods y un mod para los punks y nuevaoleros*”. Psicodélico para los *skinheads*, *punk* para los *mods* puristas, *mod* para los *punks*, *skinhead* para los *garajeros*... Ser —como dijo Stephen Potter— “*el otro del otro*”, el que no encaja en ninguno de los clubs que frecuenta, pero está en todos. Metiendo obsesivamente las narices. Bailando, bailando, bailando. *Viviendo*, caramba.

También conozco personalmente al autor. De 1989, de cuando al terminar el Purple Weekend de León nos fuimos yo y otro *mod*, Fernando Muñiz (de la IIª Generación barcelonesa), a Oviedo a visitar a Pablo y en su casa había un fantasma y buscamos palabras en un diccionario de bable y luego, en el club La Caverna, recuerdo que yo llevaba tejana blanca y jersey cisne negro y... ¿lo ven? Ya estamos otra vez. Historias, historias, historias. Iba a decir que éste no el lugar para contarlas, pero da la casualidad de que sí lo es. Si hay un sitio donde hacerlo, es precisamente éste. En *¡Ahora! No mañana*. Cientos de historias de príncipes autoproclamados que nadie iba a contar, que iban a olvidarse. La historia secreta de nuestra década. Nuestras vidas. Nuestros amigos. Lo que fuimos. ¿Hay algo más importante?

No, no lo hay. Y Pablo Martínez Vaquero lo sabe perfectamente. Ese mundo extraño de dandis altivos y apasionados de los primeros 80 ya no volverá a olvidarse, porque está plasmado aquí, en este libro. Para que no dejemos de recordar.

Ni de bailar, claro. Ni de bailar, no jodan.

KIKO AMAT
Barcelona, junio de 2008